

—En el bolsillo tengo un manuscrito—dijo el doctor.

—Lo vi en cuanto entró usted—repuso Holmes.

—Es muy antiguo.

—Sí, es original, data del siglo XVIII, en sus comienzos.

—¿En qué lo ha conocido usted, Sr. Holmes?

—Desde el momento en que empezó usted á hablar lo vengo observando. No valdría gran cosa el perito que no supiera dar la fecha de un documento á primera vista, con la diferencia de una década cuando más. Tal vez haya usted leído la monografía que he publicado acerca del asunto. Ese manuscrito de usted debe ser del año 1730.

—La fecha exacta es 1742—contestó el médico sacando el documento del bolsillo.—Este manuscrito me fué entregado por sir Charles Baskerville, cuya trágica y súbita muerte dió tanto que hablar en el condado de Devonshire nace unos tres meses. Tuve el honor de ser íntimo amigo suyo, además de su médico. Fué hombre de carácter firme, práctico y tan poco dado á la superstición como yo. No obstante, tomó muy á pecho el contenido de este docu-

mento y su espíritu estaba bien preparado para la desdichada suerte que tuvo.

Holmes alargó la mano para coger el manuscrito y lo extendió sobre la rodilla.

—Fijese, Watson—dijo—en el uso alternativo de las *eses* largas y las cortas. Es una de las particularidades que me sirvieron para determinar la fecha.

Por encima de su hombro eché una ojeada al papel amarillento con letra emborronada. En la cubierta decía: «Casa solariega de Baskerville», y al pie, en números grandes de forma antigua, estaba la fecha: «1742».

—Parece una leyenda—dije.

—En efecto, es una leyenda tradicional en la familia Baskerville.

—Pero el problema cuya resolución desea usted consultarme—repuso Holmes—es más moderno y más práctico que una leyenda.

—Sí, es modernísimo—contestó el doctor.—Se trata de un asunto urgente y harto práctico que debe quedar resuelto en el plazo de veinticuatro horas. Pero el manuscrito es corto, y como se relaciona íntimamente con el asunto que aquí me trae, voy á leerlo, con permiso de usted.

Holmes se reclinó en la silla, cruzó las manos y cerró los ojos con aire de resignación. El doctor Mortimer colocó á su gusto el manuscrito, y con voz clara y vibrante leyó la siguiente narración antigua:

«Muchos y muy variados han sido los relatos que

28995

se han hecho acerca del origen del dogo sabueso de los Baskervilles; pero el exacto, el ajustado á la verdad, es el que yo escribo aquí como descendiente directo de Hugo Baskerville, y que me fué referido por mi padre, quien á su vez lo oyó de labios de mi abuelo.

»No quisiera que olvidáseis, hijos míos, que la misma justicia que castiga el pecado se digna también perdonarlo benignamente, y que por muy duro que sea un castigo lo alivian la continua oración y el continuo arrepentimiento. Aprended, pues, por esta historia á no temer las consecuencias del pasado y á ser en adelante más circunspectos, para que las miserables pasiones, que tantos y tan graves males han causado á nuestra familia, no vuelvan á destruirla.

»Sabed que hace un siglo el castillo de Baskerville pertenecía á Hugo, del mismo apellido. No puede negarse que Hugo era un terrible calavera, un libertino sin creencias. Esto tal vez lo hubieran perdonado sus vecinos, ya que los santos nunca han abundado en aquella comarca; pero en su carácter había una crueldad tan inhumana, una disolución tan sin freno, que su nombre era temido en todas partes.

»Hugo se enamoró (si así puede llamarse á una pasión tan baja como la suya) de la hija de un hacendado cuyas tierras se hallaban á corta distancia de las de los Baskervilles; pero la doncella, discreta y virtuosa, temía al depravado nombre y perverso

carácter de Hugo y no correspondía á sus amorosas pretensiones.

»Así las cosas, llegó la Nochebuena, y sabiendo Hugo que el padre y los hermanos de la joven se hallaban ausentes, dirigióse secretamente á su casa, en compañía de seis camaradas tan malvados como él, y se llevaron á la muchacha, trayéndola á la casa solariega y la encerraron en una habitación del piso superior, mientras Hugo, y sus camaradas se entregaban á la orgía, como acostumbraban á hacerlo todas las noches.

»La desgraciada joven creía volverse loca oyendo las descompuestas voces y las terribles blasfemias de aquellos desalmados. Cuéntase que las palabrotas salidas de los labios de Hugo, cuando estaba embriagado, eran tan horribles, que metían espanto á todos.

»En el colmo de su terror, la joven hizo lo que tal vez no se hubiera atrevido á realizar el hombre más valiente y más ágil. Apoyada en la hiedra que cubría (y todavía cubre) la pared del Sur, descendió al páramo y emprendió el camino de su casa, que distaba tres leguas de la solariega de los Baskervilles.

»Al poco rato Hugo se separó de sus amigos para ir á llevar alimento á su cautiva, pero se encontró con la jaula vacía. Entonces, como si se hubiera vuelto loco, regresó corriendo al comedor, de un brinco se subió á la mesa y echó á rodar todo cuanto en ella había. Dando desaforados gritos, declaró que

aquella misma noche entregaría el cuerpo y alma al demonio para que le ayudara á apoderarse nuevamente de la doncella. Los amigos quedaron aterrados al verle tan furioso, y uno más perverso, ó tal vez más borracho que los demás, propuso que se echaran los perros en su persecución.

»Tiempo le faltó á Hugo para salir escapado y mandar á los servidores que ensillasen el caballo y soltaran la trailla. Hecho esto, entregó un pañuelo de la doncella á los perros, los soltó y salió tras ellos á galope tendido, atravesando el páramo.

»Tan aturdidos estaban los compañeros de Hugo que apenas pudieron formarse idea de lo que tan apresuradamente se había hecho; pero poco á poco sus sentidos, ofuscados por la bebida, fueron dándose cuenta de la indole del crimen que estaba á punto de cometerse aquella misma noche en el solitario páramo. Entonces se armó un alboroto infernal. Unos pedían las pistolas, otros los caballos, y á voz en grito exigían otros que les fuera servido más vino. Por fin se despejaron, y todos ellos, trece en número, salieron á la caza de la infeliz muchacha, jinetes en magníficos caballos.

»La luna brillaba en el azul purísimo del cielo, alumbrando con sus rayos la tristeza y la soledad de aquel páramo. Los cazadores siguieron el camino que forzosamente tuvo que tomar la doncella para llegar á su casa.

»Unas dos leguas habían recorrido cuando se encontraron con uno de los pastores nocturnos, á quien

preguntaron si había visto á la perseguida. El pastor estaba tan asustado que, según cuenta la leyenda, apenas podía articular una palabra; pero por fin declaró que, en efecto, había visto á la desgraciada joven perseguida por la trailla de perros.

»—Más que eso he visto—continuó diciendo,—pues cuando Hugo Baskerville pasó por mi lado, jinete en una yegua negra, ví que le seguía un enorme *dogo*, tan grande, tan feroz y tan horrible como jamás se habrá visto en el mundo, y quiera Dios que yo no vuelva á verlo.

»Al oír esto los borrachos maldijeron al pastor y prosiguieron su camino, pero no tardaron en quedar mudos de terror.

»A través del páramo sintieron un fuerte galopar, y un instante después pasó por su lado la yegua negra de Hugo, llevando las bridas á rastras y la silla vacía. De buena gana se hubieran vuelto atrás, pero se lo impedía el temor de pasar por cobardes.

»Caminando lentamente dieron por fin con la trailla. Los perros, que eran de las mejores razas y muy renombrados por el valor que habían demostrado siempre, estaban reunidos en la cima de una pequeña colina del páramo. Algunos se escabullían cobardemente; otros, con los ojos encendidos y las orejas gachas, parecían contemplar con miedo el estrecho valle, y todos aullaban lastimeramente.

»Los camaradas de Hugo se detuvieron, algo más tranquilos, como os podéis figurar, que cuando emprendieron la caminata. La mayor parte se negaron

á seguir adelante, pero tres de los más atrevidos, ó de los más borrachos, aún bajaron al otro lado del montecillo. Extendíase allí un ancho espacio, todavía se ven dos piedras colosales colocadas en antiguos tiempos por gentes ya olvidadas del mundo.

»La luna alumbraba perfectamente aquel claro, y allí, en el centro, yacía el cuerpo de la infeliz muchacha, muerta de miedo y de fatiga. Pero no fué la vista de aquello, ni tampoco la del cadáver de Hugo Baskerville, tendido un poco más allá, lo que dejó helados de espanto á aquellos tres perversos. Fué que, junto á Hugo, vieron un animal muy negro, una bestia enorme, de la forma de un dogo sabueso, aunque muchísimo mayor, como jamás se ha visto en el mundo, y tan horrible, que parecía haber salido del mismo infierno.

»Pasmados de terror quedaron un momento, viendo que el animal arrancaba á pedazos la garganta de Hugo; pero cuando, con ojos que echaban chispas de fuego y manando la sangre de las quijadas, volvió la bestia la vista hacia ellos, dieron media vuelta y comenzaron á correr lanzando gritos de desesperado terror.

»Dicen que uno murió de susto aquella misma noche y los otros dos quedaron imbéciles por toda la vida.

»Esta es, hijos míos, la historia de la llegada del dogo que tanto ha hecho sufrir á nuestra familia. La razón de escribirla aquí ha sido la de que aquello que se sabe fijamente inspira menos terror que lo

que sólo se adivina por indicaciones. Desde entonces varios individuos de nuestra familia han sufrido muertes violentas, repentinas y misteriosas. No obstante, confiemos, hijos míos, en la infinita bondad de la Providencia, que no siempre seguirá castigando al inocente más allá de la tercera ó cuarta generación á que se refiere el sagrado libro. A la Providencia, pues, os encomiendo, aconsejándoos que, siquiera por prudencia, no atraveséis el páramo á las horas en que las fuerzas del mal se hallen desatadas.

»Esto escribe Hugo Baskerville para sus hijos Rodger y Juan, advirtiéndoles que no hagan mención de ello á su hermana Isabel.»

Cuando el doctor Mortimer acabó de leer tan extraordinaria narración, se subió las gafas á la frente y se puso á contemplar con cierta gravedad á Holmes, el cual bostezó, lanzó la colilla de su cigarro al fuego y dijo friamente:

—¿Y qué?...

—¿No encuentra usted que esto es muy interesante?

—Tal vez lo sería para un escritor de cuentos fantásticos.

El doctor sacó del bolsillo un periódico plegado.

—Y ahora, Sr. Holmes—dijo,—voy á ofrecer á usted algo que es más reciente. Este periódico es el *Devon County Chronicle* del 14 de Mayo de este mismo año, y en él hay una breve relación de los hechos puestos de manifiesto cuando ocurrió la muer-

te de sir Charles Baskerville, unos días antes de dicha fecha.

Mi amigo se inclinó hacia adelante y su mirada se hizo más intensa. El doctor volvió á colocarse las gafas y empezó á leer:

«La reciente muerte repentina de sir Charles Baskerville, á quien se indicaba como probable candidato liberal por el condado de Devon en las próximas elecciones, ha sido muy sentida en toda la comarca. Aunque hacía poco tiempo que sir Charles vivía en la casa solariega de sus antepasados, había granjeado el afecto y el respeto de todos cuantos le conocieron por su bondadoso carácter y su inagotable generosidad.

»En estos días de *nouveaux riches* sirve de satisfacción el encontrarse con un caso en que el descendiente de una antigua familia consigue rehacer la fortuna y emplearla en restaurar la grandeza de sus mayores. Sir Charles, como todo el mundo sabe, conquistó envidiable posición trabajando en grandes especulaciones en el Africa del Sur. Más acertado que aquellos que siguen trabajando hasta que la suerte les vuelve la espalda, sir Charles realizó sus bienes y regresó á Inglaterra á disfrutarlos. Sólo hacía dos años que se estableció en Baskerville Hall y ya se hablaba mucho de los planes de reconstrucción que había formado y de los trabajos que han sido interrumpidos por su muerte.

»No teniendo hijos, había manifestado claramente sus deseos de que toda aquella parte de la pro-

vincia disfrutara de su buena suerte en vida suya. Muchas personas tendrán grandes motivos para deplorar su prematuro fin.

»En muchas ocasiones hemos dado cuenta en estas columnas de sus generosos y espléndidos donativos á las instituciones benéficas de la localidad y de la provincia.

»No puede asegurarse que las circunstancias en que ocurrió la muerte de sir Charles hayan quedado completamente esclarecidas, aunque se ha hecho todo lo posible para desvanecer los absurdos rumores que circulaban en la localidad. No hay motivo para creer en la perfidia ni en la traición, y sí para suponer que la muerte de sir Charles fué debida á causas naturales. El difunto era viudo y un poco ex-céntrico en su modo de ser. A pesar de sus grandes riquezas, era de costumbres sencillas y muy delicado en sus gustos personales. Para el gobierno de su casa tenía solamente un matrimonio apellidado Barrymore, ocupando el marido el cargo de despensero y su mujer el de ama de llaves.

»La declaración de estos dos criados, robustecida por la de varios amigos, demuestra que hace algún tiempo que sir Charles no gozaba de buena salud. Sufrió, por lo visto, una afección al corazón, la que se manifestaba en repentinos cambios de color, respiración fatigosa y abatimiento de espíritu. La declaración del doctor Jaime Mortimer, amigo íntimo y médico del difunto, confirma lo que acabamos de decir.

»Parece que sir Charles tenía la costumbre de salir todas las noches, antes de acostarse, á dar un paseo por la hermosa avenida de acacias de su posesión.

»Las declaraciones de los criados prueban que esta era una costumbre inveterada de sir Charles.

»Este, el día 4 de Marzo, anunció su propósito de salir al día siguiente para Londres, y mandó á Barrymore que preparase el equipaje.

»Aquella noche salió, como de costumbre, á dar su paseo fumando un cigarro, y no volvió más. Media noche sería cuando Barrymore notó que la puerta de entrada estaba abierta todavía y se alarmó. Encendió una linterna y salió en busca de su amo. Como durante el día había llovido, le fué fácil seguir las huellas de sir Charles por la avenida, hacia cuya mitad hay una verja, según parece, que conduce al páramo. Había señales de que sir Charles se había detenido allí durante un rato, y se cree que después debió proseguir su camino, porque el cadáver fué encontrado al final de la avenida.

»Una cosa hay que no se ha podido aclarar, y es que las pisadas de sir Charles variaban de forma desde el momento en que pasó de la verja que conduce al páramo, pues desde allí parecía haber andado de puntillas.

»Un tal Murphy, gitano y tratante en caballos, se hallaba en el páramo á aquella hora y no muy lejos de la casa; pero, según su propio confesión, estaba hartamente embriagado para enterarse de nada de lo que

ocurió allí. Manifestó, sin embargo, haber oído gritos, aunque no sabe de dónde partían.

»Ninguna señal de violencia se vió en el cadáver de sir Charles, y aunque el médico ha declarado que la contorsión de las facciones desfiguraba tanto al difunto, que apenas pudo creer en un principio que verdaderamente fuese aquél su amigo, se ha probado que esto es un síntoma común en los casos de disnea y de muerte producida por la extenuación cardíaca.

»Esta explicación fué comprobada por la autopsia, en la que quedó bien patente que sir Charles padecía una enfermedad orgánica crónica. En vista de esto, el Jurado dió veredicto de acuerdo con la declaración del médico. Más vale así, porque es muy necesario para el bien de la provincia que el heredero de sir Charles resida en la casa solariega, para continuar allí las buenas obras tan fatalmente interrumpidas.

»Si la decisión del Jurado no hubiera puesto término á los rumores que circulaban en la localidad acerca de la muerte, hubiera sido tal vez difícil encontrar un inquilino para la casa Baskerville. El heredero es Mr. Henry Baskerville, hijo del hermano menor de sir Charles. La última noticia que se tiene de él, data de algún tiempo atrás y procede de América, donde se supone todavía. Se están haciendo las diligencias para enterarle de su herencia.

El doctor volvió á plegar el periódico y lo guardó en el bolsillo, mientras decía:

—Estos son los datos públicos relativos á la muerte de sir Charles.

—Le agradezco á usted—dijo Holmes—el haberme llamado la atención hacia un asunto que no deja de ofrecer interés. Recuerdo haberme fijado en los relatos de los periódicos de la época en que ocurrié el triste suceso, pero estaba yo entonces muy ocupado en otras cosas y no pude enterarme bien ¿Dice usted que ese periódico contiene la relación de todo cuanto fué del dominio público?

—Sí.

—Pues oigamos ahora lo reservado, que no dejaré de haberlo.

Volvió el doctor á reclinarsé en la silla, cruzó las manos y adoptó cierta solemne actitud.

—Voy á referir á usted—exclamó—lo que no he dicho absolutamente á nadie. Me abstuve de exponerlo en el sumario por la sencilla razón de que un hombre de ciencia huye de todo lo que tenga apariencia de superstición popular. Además, no quería robustecer la funesta reputación de la casa Baskerville. Por eso callé algo de lo que sabía, teniendo presente, además, que de mis manifestaciones no había de obtenerse ningún provecho práctico. Pero á usted le hablaré con franqueza.

El páramo está muy poco poblado, y por eso las personas que viven allí se tratan con mucha intimidad. Fuera de Mr. Frankland, de *Lafter Hall*, y Mr. Stapleton, el naturalista, no hay hombres de alguna ilustración en muchas leguas á la redonda.

Visitaba yo con frecuencia á sir Charles Baskerville y pronto nos hicimos amigos. En el Africa del Sur había sir Charles adquirido grandes conocimientos científicos, y muchas tardes las hemos pasado en agradabilísima conversación, departiendo sobre el indigena de la Australia y el hotentote.

En los últimos meses de su vida noté con gran sentimiento que el sistema nervioso de sir Charles iba decayendo visiblemente. Tomó muy á pecho la leyenda que acabo de leer á usted y le impresionó profundamente. Tanto fué así que por nada del mundo quería salir de noche al páramo.

Por muy increíble que le parezca á usted, señor Holmes, es muy cierto que el pobre sir Charles estaba convencido de que una terrible desgracia amenazaba á su familia. Verdad es que sus antepasados murieron trágicamente. Una idea tan horrible como misteriosa le perseguía tenazmente, y más de una vez me preguntó si en las visitas nocturnas que yo hacía á mis pacientes había llegado á ver un animal extraño ó había oído el aullido de un perro.

Esta última pregunta me la hizo varias veces y siempre sin poder ocultar su emoción. Bien recuerdo una tarde que fui á visitarle, tres semanas antes del triste acontecimiento. Estaba sir Charles esperándome en la puerta de entrada. Me apeé del tilburi, y me hallaba hablando con él cuando ví que por encima de mi hombro echaba una mirada como contemplando alguna cosa con indefinible expresión de terror. Me volví súbitamente y ví algo que me

pareció una ternera grande y muy negra que pasaba por delante de la avenida. Fué tan honda la impresión, tan terrible la agitación que se apoderó de sir Charles, que me ví obligado á ir en busca del animal. Pero no lo encontré. La ternera, ó lo que fuese, había desaparecido como por encanto.

Sir Charles quedó muy abatido y muy triste después del incidente. Pasé toda la noche en su casa, y entonces fué cuando confió á mi cuidado el documento que acabo de leer. Me suplicó que me entrase bien de él para que pudiera comprender la impresión que había recibido, y efectivamente, lo leí. Refiero á usted este incidente, porque le concedo cierta importancia, en vista de la tragedia que sobrevino, aunque confieso que entonces me pareció insignificante. Le aconsejé que viniera á Londres. Sabía que su corazón estaba afectado, y la constante ansiedad en que vivía, por muy quimérica que fuese la causa, minaba poco á poco su salud. Creí que algunos meses pasados entre el bullicio y las distracciones de Londres harían de él un nuevo hombre. Nuestro común amigo el Sr. Stapleton, á quien preocupaba mucho el estado de salud de sir Charles, era del mismo parecer.

La noche en que murió sir Charles, su criado Barrymore envió al lacayo con un caballo á buscarme. Dió la casualidad que yo no me había acostado todavía, y así pude llegar á la casa solariega una hora después de la muerte. Examiné las pisadas de sir Charles en todo lo largo de la avenida, ví el punto

donde parecía haberse detenido, noté el cambio de las pisadas desde allí, me fijé en que no había más que las de Barrymore en la senda, y finalmente reconocí con toda detención al cadáver, que nadie había tocado hasta mi llegada.

Sir Charles estaba boca abajo, con los brazos extendidos, los dedos hincados en la tierra y las facciones contraídas por una fuerte emoción, hasta tal punto, que apenas hubiese podido yo testimoniar bajo juramento su identidad. Ninguna lesión exterior pude apreciar, pero Barrymore se equivocó en una de las declaraciones prestadas en el sumario. Dijo que no había huellas ni marcas alrededor del cadáver, y esto no es exacto. El no las observaría, pero yo las ví; á alguna distancia, es verdad, pero estaban bien patentes.

—¿Huellas de pisadas?

—Sí, señor, huellas de pisadas.

—¿De hombre ó de mujer?

El doctor Mortimer nos contempló vagamente por unos momentos, y contestó solemnemente:

—Señor Holmes, ¡eran las huellas de un enorme perro!

Aquí voy
